

UNA INGENUA EN EL MUSEO

Por "HESPERIA"



"... ante la bellísima y en extremo delicada visión de Frá Angélico, «La Anunciación»."

HA girado el molinete de hierro y ante mí una pareja muy joven ha entrado en el gran vestíbulo. El, lo más veinticinco: ella es por completo una adolescente. Pequeña, recortadita, parece una linda muñeca. ¿Marido y mujer? No, no lo parece. ¿Novios? Tampoco. Por la actitud de él se advierte pronto una solicitud y un cariñoso interés fraternal: es el hermano mayor que, acaso porque faltan ya los padres, cuida de la instrucción, de ir formando el espíritu de la hermanita para quien todo, quizá, lo sea él en este mundo. ¿Será profesor?, me pregunto, porque el maestro tiene asimismo esa solicitud e interés cariñoso, fraternal, del padre o hermano que, en edad temprana, tiene que hacer las veces de aquél; pero no, es, es hermano, y me afirmo en esta impresión mía cuando le oigo dirigirse a ella con aire algo autoritario, que se ha desviado un poco de él y se ha quedado mirando las reproducciones que allí se venden.

—¡Anda, peque, vamos! Que, si no, el tiempo se nos va.

Ella obedece en el acto, y cogiéndose a su brazo, con gesto sonriente y en tono mimoso, pero en el que se advierte cierto respeto, le dice:

—¿Me dejarás luego verlas más despacio?

El, como padre condescendiente y cariñoso:

—Sí, sí. A la salida las verás bien.

Algo apresurado el paso se dirigen a la nave central, a la hermosa y larga sala de la «Escuela Española», por la que, instintivamente, casi todo el público da comienzo a su visita al Museo; pero las puertas están cerradas, y tras un rápido titubeo, la simpática parejita, torciendo un poco a la izquierda, se interna en las salas italianas. Ella, atraída e impresionada gratamente por la bella y enigmática «Gioconda», queda como clavada al suelo, mirándola con gran interés. Él se suelta de su brazo, se acerca al bedel y, sin duda, pregunta, porque oigo que aquel le dice:

—No está cerrada; es que se ha acotado esa primera parte de la sala porque creo van a hacer una pequeña modificación o renuevo de obras; pero por aquí, siguiendo por esta sala, van a parar a la del Greco o a la de Velázquez, por la que pueden entrar en ella.

—¡Vamos, Mari! ¡Ven por aquí!

Mas, al acercarse ella junto a él, éste se queda un poco pensativo; hay en él una breve actitud irresuelta, hasta que, por fin, la coge del brazo con cariño y llevándola al lado opuesto al que iban a dirigirse, le dice:

—Vamos primero a ver estos primitivos de Valencia, pues, como es natural, el mejor día se los llevan; además, hay que ser corteses y bien educados con las visitas—añade bromeando. Rien ambos y se van hacia la izquierda.

Parte que tenía yo el mismo itinerario; quizá más, que me interesó vivamente este biseño de la vida en plan de papá y la linda muñequita ingenua, hizo que fuese tras ellos, aun cuando al principio dudaba de hacerlo por temor a que mi indiscreción fuese notada; mas pronto deseché tal temor, pues en el Museo es corriente coincidir y hacer los mismos recorridos sin que haya intención alguna de seguir a nadie; pero si la hay, como en este mi caso, pasa por completo desapercibido porque, por lo general, cada uno se enfrasca en lo suyo, no ocupándose de los demás para nada. Así, al muy poco tiempo de llegar ellos ante la bellísima y en extremo delicada visión de Frá Angélico, «La Anunciación», entraba yo en la pequeña sala, mejor casi departamento, en el momento en que ella, entre embelesada y un poco anonadada por la riqueza decorativa de las preciosas tablas primitivas de Valencia, preguntaba:

—Oye, Lolo: ¿todo eso del fondo y las coronitas es oro?

—A los primitivos—le contesta él—. les atraía, sin duda, la fastuosidad, el lujo, diríase decorativo, y por eso, con frecuencia, los dorados fondos de sus composiciones suelen estar hechos con pan de oro. Ahora, no puedo decirte si estos están hechos así, tendríamos que detenernos mucho.

Se acerca, mira y mira.

—Lo que sí puede que sea de verdad oro son éstas—dice señalando las coronas.

Ella hace así un gesto, que parece decir: pero... que son muchas.

Comprendiendo él esta muda observación: —¡Ah!, no creas que tendría nada de particular. Estos señores eran espléndidos, tanto en la concepción de sus brillantes armonías coloristas como en los medios para realizarla—. Luego, tirando del brazo de ella, pero sin brusquedad: —¡Vamos, anda!

Exlasiada parece ante la expresión mística e idealista, de ambiente inundado, puede decirse, de divinidad de Frá Angélico.

Un segundo «Vamos, anda» le hace salir de su arrobada contemplación, y al seguir andando dice para sí, mas no tan bajo que no se pueda oír: pero ¡qué bonito es!

Su hermano, ya no me cabe duda lo es, le hace aligerar el paso, al tiempo que, curiosa, le pregunta:

—Oye, ¿por qué se les llama primitivos?

—Pues porque son artistas de hace muchos, pero muchos siglos que existieron y son, naturalmente, muy primitivos en su forma de expresarse; quiere decirse que su técnica es rudimentaria, imperfecta, pues, como es lógico, ellos nada sabían de planos primeros y segundos, o sea de perspectiva, de ambiente, calidades, relieve, etc., etc. En fin, que conseguían la belleza casi solo por instinto, pues los recursos técnicos a su alcance eran harto deficientes, como lo eran, en sus principios, las armas y las primeras casas, por ejemplo.

La premura de ellos me dejó algo rezagada, los perdí de vista entre la multitud dominguera que deambulaba por aquellas salas; mas, recordando la solícita contestación del bedel, me dirijo a la nave central, con calma, segura de que allí los alcanzo. Efectivamente, así fué; con lo primero que me doy casi de narices al entrar es con mis simpáticos chicos, como ya empiezo a llamarles.

Ella, como una mariposa atraída por la luz, siente en sus pupilas el poderoso imán de la brillantez de color y rojiza entonación caliente de las puertas de la Catedral de Valencia, hermosas concepciones en extremo sugestivas, tanto por su armonía de color como por su perfección de líneas siempre finas, exquisita, tan característica de la escuela italiana, como esa tonalidad cálida e intensa que parece realzar los rojos a la par que los hace severos y los hermana admirablemente con verdes y azules fuertes. Sus ojos,

